

Chiquillo, vente conmigo

4^o Encuentro de
escritura
colectiva



4^o Encuentro de
escritura colectiva

**Chiquillo,
vente conmigo**

Queridos lectores

Un año más, y ya van cuatro, nos ponemos en manos de la imaginación y la creatividad de los torrejoneros, en este proyecto de escritura colectiva que cada año coge más fuerza.

Después de haber trabajado la novela negra o la novela gótica, con “CHIQUILLO VENTE CONMIGO” queremos hacer un humilde homenaje al costumbrismo, al cuplé y al género frívolo, pero sobre todo, queremos homenajear a todos aquellos autores, que como nuestro “protagonista misterioso”, tuvieron que enfrentarse a una época difícil y ser abanderados de la libertad de expresión.

Esperemos que disfrutéis de su lectura y que despertemos en vosotros el interés por Álvaro Retana, escritor, periodista, dibujante, modisto, músico, letrista de cuplés y un avanzado a su tiempo que fue vecino de Torrejón de Ardoz, donde falleció en 1970 y del que, desde la Concejalía de Cultura, queremos reivindicar su gran contribución a la cultura popular española.

Ignacio Vázquez Casavilla
Alcalde de Torrejón de Ardoz

José Antonio Moreno de Torres
Concejal de Cultura

Participantes

“Chiquillo, vente conmigo”

Alfonso Martín Bautista

Alicia Calvet González

Ana Urquijo Cuesta

Ascensión Martín-Consuegra Maroto

Belén López Moya

Carmen Frías German

Daniel Berodas Pérez

Enrique Sánchez Ferrera

Esther Barrionuevo Escribano

Esther Peral Nuño

Eugenia Blanco Montero

Francisca Martín-Loeches Soler

Ismael Tomás Pérez

Lola Mento

Lola Remesal Rodríguez

Manuel Moreno López

Margarita Rincón García del Morral

María Ascensión García López

María Margarita Rasquin Montiel

Mercedes Blanco Serrano

Mercedes García Rodríguez

Patricia Oliva

Raquel Sanz García

Rocío Galea Tena

Sofía Asunción Verdú

Victoria Lozano Jurada

Yolla Bou-Maroun de Paredes

Organiza

Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Torrejón de Ardoz.

Director del proyecto

Mario García Molina

Coordinación

Martha Durán Rodríguez, María del Carmen García Vizcaíno
y Rafael Alcaraz Jiménez

Corrección

Martha Durán Rodríguez / Enrique Sánchez Ferrera

Ilustraciones

Rocío Galea Tena

Edita

Ayuntamiento de Torrejón de Ardoz

Maquetación

Fernando Gil

Presentación

«Chiquillo, vente conmigo» es el resultado del 4to Encuentro de Escritura Colectiva, proyecto del Ayuntamiento de Torrejón de Ardoz que tiene por objetivo apoyar la creación literaria a partir de un deseo común: una historia imaginada por todos. Los alumnos de los distintos talleres de escritura creativa que se imparten en los centros culturales de la ciudad fueron los encargados de escribir esta historia, la cual terminó de concretarse gracias al trabajo y el esfuerzo colectivos.

Para esta edición, una figura clave de la literatura y la cultura españolas ha servido de inspiración y motivo: Álvaro Retana (1890-1970). Escritor, modisto y letrista de cuplés, entre muchas otras cosas, Retana tiene una biografía compleja y conocida solo por quienes han seguido de cerca su obra. Su vida conserva el misterio de los autores poco estudiados, pero también el de aquellos que han construido, tanto en su experiencia vital como en sus textos, un relato ficcional de sí mismos. «Su vida y su obra se funden en un mismo artefacto ficcional y elaborar su biografía supone rastrear su propia obra y todos aquellos textos que hablen acerca de él», apunta Vicenç Vernet Pons en *La estrategia ficcional en la novela de Álvaro Retana* (2007).

Incluso su lugar de nacimiento tiene un aire de suceso novelado, de dato tejido en la urdimbre de la ficción construida por el propio autor. Luis Antonio de Villena, en su libro *El ángel de la frivolidad y su máscara oscura. (Vida, literatura y tiempo de Álvaro de Retana)* (1999), afirma que es posible que Retana haya nacido en Colombo (para entonces capital de Ceilán) en 1890, tomando como referencia las palabras del escritor en la autobiografía que precede a su texto ensayístico *Historia del arte frívolo* (1984): «Había nacido en alta mar, durante un viaje de mis padres a Filipinas, frente a Colombo, capital de Ceylán [sic], esa isla maravillosa donde dicen que estuvo

el paraíso de Adán y Eva, prendida de Asia como un corazón rojo y verde, colores que parece ser marcaron mi destino».

Álvaro Retana tuvo una vida intensa y múltiple. Carlos Fortuny y Claudina Regnier, sus heterónimos más conocidos, son algunas de las máscaras creadas por él para intensificar el misterio que rodea su figura. Le gustaba visitar clubes de jazz, teatros y cafés; y su mundo, el real y el ficcional, era el del cabaret y el cuplé, como buen representante de la novela sicalíptica. Pero su desparpajo y una relativa libertad para encarar su vida y obra le pasaron factura en tiempos de censura y represión. En 1939, al finalizar la guerra, Retana es detenido en casa de su amiga y cupletista Tina de Jarque. Fue condenado a muerte, pero su pena fue conmutada por treinta años de prisión; sin embargo, salió en 1948 o 1949, según afirma Luis Antonio de Villena.

Retana tiene una relación especial con Torrejón de Ardoz, pues en 1920 compró una finca en esta localidad a la que dedicaría particular esmero hasta transformarla «en un verdadero y palpable palacio episcopal», tal y como cuenta el propio Retana en una entrevista que le hizo el escritor y periodista Mariano Tomás, incluida «a manera de prólogo» en su novela *El tonto* (1925). La finca fue expropiada durante los días aciagos de la guerra. Pero al morir, en 1970 y con ochenta años, Retana sería enterrado en Torrejón de Ardoz.

Su relación con nuestra localidad y la necesidad de rescatar su extensa producción y su ingenio del olvido son algunas de las razones que motivaron este modesto homenaje a la figura de Álvaro Retana. Este autor supuso un reto importante para la escritura de «Chiquillo, vente conmigo», y su universo ficcional alimentó la atmósfera, los personajes y las historias que pueblan este relato, sirviendo de tema e inspiración.

Esta cuarta edición del Encuentro de Escritura Colectiva trajo un grato descubrimiento que logró cautivar a todos los que tuvimos el honor de indagar en la vida y obra de Álvaro Retana para construir esta historia.

Martha Durán Rodríguez

Chiquillo, vente conmigo

Y en el camino al trote por las calles
lóbregas y vinosas como un mundo oscuro,
aquella dama le besaba muy despacito en la boca.
¿Qué era aquello? ¿Qué quería de él quien lo tenía todo?
La vida es sólo un áspero amanecer canalla

LUIS ANTONIO DE VILLENA

El día había transcurrido con lluvias intermitentes y temperatura suave, como cada año. Ya se sabe: marzo ventoso y abril lluvioso. Ahora no llovía. Tras esconderse el sol por el horizonte, unas nubes altas ocultaban las estrellas. La luna creciente aparecía tras unas nubes con forma de gigantescas y malformadas lianas, como si quisieran atar o retener al satélite en su movimiento. Unas se iban y otras surgían como relevándose en el intento.

Las luces de las farolas que alumbraban la estrecha calle eran suficientes para que el caminante viera y pudiera sortear los obstáculos. Alguien que conociera el lugar sabía que, tras aquella puerta de madera en cuarterones, con cristal protegido con finos barrotes en la parte alta y un visillo interior, había un establecimiento donde se servían bebidas. Pero un desconocedor del lugar pasaría de largo sin advertir que aquella triste bombilla, colgada en el dintel de la puerta, apenas iluminaba la mugrienta tabla donde se leía la palabra «BAR» pintada en negro.

Al caminar por aquella acera se podía escuchar un clac, clac, como si de unas desafinadas castañuelas sin ritmo ni cadencia se tratara. La mayoría de las baldosas estaban sueltas y el agua de la lluvia anterior suavizaba el sonido y salpicaba un barrillo marrón. Una vez que se salvaba la puerta de entrada, desde la altura de unos seis escalones, se podía ver la barra del bar a la izquierda con unos cuantos taburetes. Una serie de columnas rectangulares

mantenían las vigas de hierro que sujetaban la parte superior del edificio, quedando el local diáfano, donde se situaban las mesas de madera y sillas estilo castellano.

A esa hora, el silencio se contorneaba como un gato por todo el lugar: acariciaba las patas de sillas y mesas, se subía al escenario rozando la pesada tela que enmarcaba sus límites y medía el espacio vacío para confirmar el comienzo de la noche. Aunque doña Pepa había abierto el bar hacía apenas unos minutos, Julio Albareda ya estaba sentado, como todas las noches, en su ajustada mesa cerca de la barra. A Julio no le gustaba llamar la atención, sobre todo si se disponía a escribir, pero ese día no había podido evitar ponerse esa camisa de crespón violeta que le hacía lucir más vivo y resuelto. «Lechuguino», le habían gritado al llevarla mientras pasaba por alguna obra, pero él levantaba la barbilla y seguía su paso con mirada desentendida.

Estrella se acercó sinuosa, como siempre, limpió la mesa con una bayeta sin dejar de mirarlo a los ojos y le preguntó qué iba a tomar. «Una Voll-Damm», respondió un poco trastabillado.

–Hoy viene que rompe la pana– Y se fue contoneando.

Julio, azorado, se dio cuenta de lo bonita que era y volvió a sus papeles. «Pobre chica, la que tiene que servir», pensó.

La Niña, como la llamaba doña Pepa, era una estudiante que se buscaba la vida echando muchas horas en el bar y durmiendo muy pocas en una pensión. Estudiaba derecho y, en los tiempos que corrían, tenía peligro porque no se contenía ante determinados comentarios. Doña Pepa la ataba corto cuando había ciertas conversaciones, y más a medida que avanzaba la noche. «Tú a lo tuyo», le decía. Era desenvuelta, pizpireta y sabía que estaba de muy buen ver. Chula.

Dos nuevos clientes estaban sentados en la barra, habían entrado mientras Estrella terminaba de limpiar las mesas. Durante el día, prácticamente nada les había salido bien a ninguno



de los dos. Eran colegas de trabajo, ejercían de porteros en dos fincas contiguas por el centro de la ciudad, en una zona de gente acomodada. Domingo y Luis habían conseguido ese trabajo, ayudados por la minusvalía que padecían. Ambos cojeaban, aunque cada uno de una pierna distinta. Domingo, que cojeaba del lado derecho, había convencido a Luis para ir esa noche a tomar unas copas al bar que regentaba Pepa. Había ido varias veces y de vez en cuando le insistía a su amigo para que fuera con él, ya que en alguna ocasión le había escuchado cantar mientras trabajaba «La zarzamora», «Ay pena, penita, pena» y alguna otra copla que recordaba.

Para llegar al bar tuvieron que andar un largo trecho, ya que los sueldos eran muy bajos y, en esos tiempos, no se podía derrochar. Preferían gastar el dinero en copas antes que en un taxi. Al volver, ya se vería. Por la calle parecían dos almas en pena, tenían que mirar bien en qué lado se colocaban para ir juntos, llevar un cierto vaivén, porque si no, al cojear cada uno de una pierna, irían tropezando continuamente. Vistos de frente o de espaldas parecía que iban ensayando unos pasos de baile, ayudados también por el sonido de las baldosas, medio sueltas, que de vez en cuando pisaban.

Una vez en el bar, podrían olvidar un poco las penurias del día.

—¿Entonces no habías venido nunca? —preguntó Domingo a su compañero —. Ahora no, porque todavía es pronto, pero a partir de las doce nada es lo que parece. Incluso, hay que tener cuidado porque no siempre se sabe si es carne o pescado. Alguna canta y ahí ya te das cuenta, en la nuez. Pero a mí, con alguna no me importaría.

Al acercarse Estrella cambiaron el tercio por vacilar un poco con la Niña.

—¿Y tú no vas a cantar hoy?

—Una nana había que cantaros. —Era dura de pelar.

Las canciones las elegía doña Pepa, y solo ponía música española. No aceptaba peticiones del oyente ni subir el volumen. Ahí se ponía dura siendo un trozo de pan. «Que tenemos que vivir con los vecinos», repetía. Sonaban los Bravos, los Pekenikes o los Brincos; a veces se pasaba un poco con la copla española, según algunos porque tenía su público. Y es que, y esto no lo sabía nadie, a ella le hubiera gustado ser tonadillera. Adoraba a Marifé de Triana y su Torre de arena. A veces se la escuchaba tararear:

Torre de arena, que mi cariño supo labrar.

Torre de arena, donde mi vida quise encerrar.

Noche sin luna, río sin agua, flor sin olor;

todo es mentira, todo es quimera,

todo es delirio de mi dolor.

—Parece que se va animando la noche —dijo doña Pepa alzando la barbilla para señalar la escalera.

Estrella saludó a una pareja joven que acababa de entrar y los invitó a sentarse en una mesa cerca de la barra. El muchacho miraba la sala como buscando a alguien.

—¿Qué queréis tomar?

No le hicieron caso y se sentaron. Tampoco paraban de hablar. Parecía que esperaban a una tercera persona. Doña Pepa los observaba a través de la cortina que daba a la cocina.

—Niña, vuelve a la mesa y tómales nota, que aquí no se viene a mirar.

Estrella tenía cierto nerviosismo, pues la pareja no era la clientela habitual. Se acercó de nuevo y, colocándose suavemente un mechón de pelo detrás de la oreja, les ofreció la carta y se quedó esperando respuesta. Alcanzó a detallarlos. Ambos tenían el cabello rubio, los ojos de un negro brillante y casi ocultos bajo una sombra azul. El chico tenía el pelo engominado hacia atrás marcando un ovalo casi afeminado. El color que le sombreaba los

ojos le daba una apariencia misteriosa. Los labios muy rojos, casi obscenos, sensuales. Se cubría con una amplia gabardina de botonadura central que ajustaba con un cinturón de hebilla dorada. «Muy elegante el dandi —pensó Estrella— aunque no es mi tipo». Ella, muy estilosa también, con media melena rizada que le daba un aspecto de trovador romántico. Su cuerpo espigado se podía adivinar a través de un tejido muy sugerente que se ajustaba a sus formas.

—Dos Manhattan. ¿Verdad, hermana? —dijo el chico.

Estrella volvió a la barra y transmitió el pedido de la pareja.

—Estos vienen viajaos, te lo digo yo. Anda, acércame el vermut y el whisky, Niña. — Sirvió las bebidas y las dejó en la barra —. Ponles tres hielos que los veo muy finos a estos dos —sentenció Pepa dándole la espalda para entrar a la cocina. Estrella se quedó mirándolos con detenimiento, intentando averiguar de dónde habían salido aquellos dos extraños personajes.

Pepa salió de la cocina regañando a Estrella:

—¡Niña, estás en Babia! Ve a servirles.

—Ya voy.

Se acercó a ellos despacio, por lo que no advirtieron su presencia.

—¿Estás seguro de que era aquí?

—Sí, me dijo que era una calle estrecha y oscura que tenía una puerta de madera, además solo se escucha canción española.

—Entonces ¿por qué no ha venido?

Callaron cuando notaron la presencia de Estrella. Ella les dejó las bebidas y se volvió lentamente para escucharlos, pero siguieron mudos.

—Nada, no pillo ni papa —dijo refunfuñando al llegar a la barra.



—¡Calla, niña! Y ponte a trabajar.

Las mesas del bar se ocupaban con rapidez. Una alegría contenida llenaba el espacio, la promesa de una celebración inminente o la esperanza que traen el brillo, las luces y una canción de fondo conocida y tarareada por todos.

—Disculpe, ¿puedo sentarme en una mesa? —preguntó una chica que acababa de entrar —. Disculpe —dijo nuevamente, esta vez un poco más alto—, preguntaba si podía sentarme en alguna mesa.

Estrella se giró hacia la voz al advertir la presencia de Clara, que era como se llamaba.

—Sí, en cualquiera que esté vacía.

Clara se colocó el bolso, que no se había movido del hombro, dejando descubierto parte del antebrazo que unos segundos antes tapaba la manga de un jersey. En un acto reflejo, estiró de la manga para cubrirlo de nuevo. Estrella se quedó mirándola con su descaro habitual.

Doña Pepa, que se encontraba junto a su empleada, intuyó que la joven camarera soltaría alguno de sus comentarios indiscretos y se adelantó para ofrecerle una mesa.

—Puedes sentarte aquí, y disculpa a la muchacha, todavía no ha aprendido que los trapos sucios se lavan en casa. ¿Qué vas a tomar, cariño?

—No se enfade con ella. Tráigame una botella del vino más barato que tenga —contestó al tiempo que volvía a estirar la manga para asegurarse de que no quedasen nuevamente a la vista los indiscretos moratones.

Pepa le llevó lo que había pedido. Con mano temblorosa, y haciendo chocar los dos vidrios, Clara se sirvió el vino. Se llevó el vaso a la boca e intentó tomarse la bebida a sorbos, pero cuando humedeció sus labios no pudo parar y la engulló de un solo trago.

Con el pulso más calmado, volvió a llenar el vaso y lo dejó reposar sobre la mesa. Giró la cabeza y advirtió que una señorona, que estaba sentada en la mesa de al lado, la miraba. Tenía el pelo de un negro casi azulado, cardado, formando un moño alto cubierto de laca. Sabedora de su capacidad de juzgar a las personas, había fijado su vista en la joven muchacha. Clara sintió cómo esa mirada le desnudaba el alma. Era la misma sensación que tenía cuando sus vecinas cuchicheaban al verla pasar. ¿Qué sabrían ellas? ¡Ojalá fuera valiente para terminar con todo esto! Algunas veces pensaba que era sencillo: unas pocas pastillas, unos vasos de vino y entrar en un sueño eterno del que no despertaría. ¡Pero soy tan cobarde!, pensaba. Además, ¿quién protegería a sus niños? Tal vez él tenía razón cuando la miraba con desprecio y le decía: «seríamos más felices sin ti».

Clara revivió los recuerdos de aquel día en que había prometido amarla, respetarla y cuidar de ella... Pasó un tiempo, el suficiente para tener a sus hijos y verlos crecer, pensando que todo seguiría conforme a las promesas que se habían hecho. No tardaron en aparecer quejas y reclamos injustificados, luego el control excesivo y la indiferencia acompañada de golpes y vejaciones. Sabía que él se sentía cómodo por el hecho de que ella no tuviera familiares en Madrid. Y ella, aislada y vulnerable, a merced de un maltratador cruel y despiadado. Se imaginó tragando una a una las pastillas que llevaba en el bolso, pero recordó a sus dos niños y trató de espantar esa imagen. A su espalda, y sin ella saberlo, Julio Albareda la observaba mientras en su mesa dormían papeles esperando ser despertados.

Felipe entró al bar y, mientras bajaba las escaleras, echó un vistazo general para situarse y buscar mesa. Había quedado con un amigo, el encargado del peine, de subir y bajar decorados, y, sobre todo, el modisto de todas las chicas del lugar. Encontró una mesa cerca del escenario y se sentó. Se respiraba cierta tranquilidad, un ambiente alegre y distendido. Se sintió bien. Llevaba muchos años sin entrar en un sitio así.

Estrella se acercó cantando: «Ay, Felipe de mi vida». Él se sobresaltó y, con mirada alarmada, preguntó:

— ¿Quién te ha dicho mi nombre?

— ¿Tu nombre? Nadie, solo estaba cantando. Aunque ahora, visto lo visto, ya sé que te llamas Felipe —dijo ella con sonrisa cómplice.

—Félix, llámame Félix, por favor. ¿Ya llegó Saturnino? Quedamos hoy aquí — explicó para cambiar de tema.

—¡Ah, eres el amigo de Satu! Pero, tío, alégrate un poco, que parece que viste al diablo. Cambia esa cara que aquí se viene a disfrutar del espectáculo.

Y diciendo esto, se escuchó una voz desde el escenario que empezó a cantar:

¡Pichi!

Es el chulo que castiga
del portillo a la Arganzuela,
porque no hay una chicuela
que no quiera ser amiga
de un seguro servidor.

Cuando lo llamaban Felipe, su nombre anterior, los fantasmas del pasado volvían y lo llenaban de miedo. Estaba atrapado entre dos mundos: uno ficticio, que había creado cambiando su identidad y ocultando sus sentimientos, y otro real, donde podía ser como era en realidad. De este último se había olvidado hacía años, pues sentía pánico de dejarlo salir. No era fuerte, a quién quería engañar; sufría y se arrepentía de haber dado ese paso. Sus pensamientos estaban ahí, no podía cambiarlos. Los recuerdos no son algo que se borra sin más, al contrario, solían volver durante la noche para recordarle los doce años de encierro, vejaciones y dolor en la cárcel. No podía, no quería mostrarse como



era realmente. Así que cuando salió, quiso borrar el pasado y se llamó Félix.

Al escuchar su nombre anterior, no pudo evitar recordar aquellos horribles años. Gracias a Satu logró resistir sin volverse loco. Él había sido su salvación. Siempre le estaría agradecido. Mientras lo esperaba, sacó de su bolsillo un paquete de cigarrillos Celtas, los mismos que fumaban entonces. Encendió uno con un mechero que llevaba grabadas sus iniciales, se lo había regalado su padre, a quien tanto hizo sufrir. Un sentimiento de culpa le recorrió el cuerpo dejándole un tímido llanto atorado en la garganta. Las volutas del humo formaban caprichosas formas, algunas recordaban un caracol, otras, una delgada escalera en espiral que se alargaba hasta el techo.

La función continuaba: la canción que parecía dorar el aire, las cervezas y bebidas que se pasaban Estrella y doña Pepa, los clientes con sus vidas, secretos y miedos... Todos cantaban, unos en silencio y otros a viva voz, mientras disfrutaban de los movimientos graciosos de ese cuerpo que lucía un vestido verde esmeralda con un tocado de plumas del mismo color.

Entre bastidores, Saturnino miraba a quien había sido su compañero de celda, intentaba saludarlo desde lejos, pero no se podía acercar, estaba ocupado y todavía le faltaba ajustar un vestido. Se olvidó por el momento de su amigo y entró al camerino. Estaba preparando los últimos detalles de la actuación que cerraría la noche, la que todos esperaban impacientes. Pasó su mano por la tela del vestido rojo que había hecho la semana anterior y que ahora colgaba en su percha del tubo de metal. Quería concentrarse, pero ver de nuevo a Félix lo había sacudido por dentro.

Recordó esos primeros días fuera de la cárcel y revivió el dolor, la tristeza y la culpa. El silencio había tenido para él un poder sanador. Durante su encierro, Saturnino había aprendido que las personas debían pensar en sus palabras como si fueran semillas, plantarlas y luego dejarlas crecer en el silencio. Se aferró

a su fuerza y creatividad, en sus manos encontró lo necesario para no rendirse.

Cada vez que se sentía oscuro y débil, se repetía: «recuerda que se aprende del pasado, se sueña con el futuro, pero se vive en el presente». Y así fue cómo, en uno de esos días de oscuridad, compró dos espejos: uno para lo que sería su taller, y otro para el camerino del bar de Pepa, donde comenzó a trabajar poco después de salir de la cárcel. Sacó del desván la máquina de coser; salió a comprar agujas, hilos de algodón de todos los colores, tijeras, dedales, alfileres, abalorios y todo lo que consiguió. Alguien le regaló el tubo con ruedas donde, de ahí en adelante, colgaría las perchas para los trajes terminados.

Cada vez que estaba ahí, con el ruido del bar y la música de fondo, cerraba sus ojos, posaba sus manos en el maniquí y visualizaba modelos y formas, colores de trajes y complementos. En el camerino, sentía la plenitud de su libertad. Respiró profundamente con los ojos cerrados y la tela entre sus manos. Tenía que volver a la realidad. Cogió su cuaderno de notas, los alfileres, las tijeras y el metro. Ajustó la tela de raso en el maniquí y comenzó a rematar con hilo de seda las últimas puntadas. Le colocó unas piedras brillantes que había comprado esa misma mañana, lo planchó, lo acomodó en su percha y lo colgó en el tubo. Se sintió orgulloso de ese vestido, era precioso. El largo hasta el tobillo, el escote cuadrado y los tirantes finos, ajustado en el tronco y abierto por debajo de la rodilla.

En su mesa, Julio suspiró de cansancio tachando otra frase de su libreta. Intentaba escuchar todo a su alrededor, pero era inútil, demasiadas palabras, demasiados problemas ... Soltó el lápiz, se obligó a cerrar los ojos y respirar, respirar profundamente, sin alterarse por nada, sin fijar la vista en nadie. Solo escuchar. Le gustaba hacer ese juego de relajación, normalmente lo haría en la comodidad de su estudio, pero hoy había necesitado salir de allí. Quería escribir algo grande, algo que perdurara con su nom-

bre, quería ser como él, escribir sin tapujos, con desparpajo, diciendo justo lo que quería decir y luego advertir: «No apruebo, ni comparto, las ideas, ni conducta, de ninguno de los personajes que circulan por mis novelas». Pero él no se sentía capaz. Ideas tenía, sin embargo, le parecían sosas, banales, sin gracia o nada del otro jueves. Quizás esto no fuera lo suyo, pensaba.

Un vitoreo sonoro interrumpió sus pensamientos. Se obligó a no abrir los ojos, pues estaba concentrado en su juego de solo escuchar.

¡Pepa! ¡Pepa!

¿Dónde vas con tantísimo tío?

¡Pepa! ¡Pepa!

Que te vas a meter en un lío...

El chotis resonó por todo el local y, una vez terminado, los clientes alzaron sus copas para brindar y después aplaudir. Julio, sorprendido, abrió los ojos. Buscó con la mirada a aquel hombre que había conseguido que el local guardara silencio a su paso, pero solo vio cómo se sentaba en una de las mesas del fondo, la más oscura, lo que le impidió ver su cara. Apenas podía apreciar el color celeste de la tela de lo que parecía una gabardina, unas manos jóvenes y hermosas, y un perro sentado a su lado que movía la cola alegremente. El perro se levantó y empezó a pasear por entre las mesas como si anduviera por su propia casa. Sin querer parecer grosero o descortés, volvió su vista a la hoja blanca llena de tachones, pensando que iba a ser una noche larga.

La música volvía a deambular por el bar como el perro entre las mesas. Este se detuvo ante las caricias de un desconocido que acababa de entrar. Con su mano atendía distraídamente la cabeza del can mientras que con los ojos hacía un reconocimiento del lugar buscando a su cita. En una mesa cerca de la barra localizó a la pareja de hermanos que charlaban animadamente mientras bebían de sus copas ya medio vacías.

Se abrió paso como pudo entre la gente, a esas horas el local ya estaba bastante animado y los clientes no paraban de moverse de aquí para allá. Cuando llegó a la mesa, estos se quedaron en silencio mientras contemplaban de arriba abajo su traje desgastado.

—Llegas tarde, Carlos —saludó Tito, que luego miró a su hermana buscando aprobación.

—Lo sé —contestó mientras tomaba asiento delante de ellos—. Esto tiene que acabar.

—¡Te lo hemos dado todo! ¿De qué te quejas? —gritó ella con un tono suplicante.

—Me dan todo, sí, pero también me piden lo que ya no soy capaz de dar.

Carlos se levantó dispuesto a largarse del lugar y no hacer la situación más difícil de lo que ya era. Tito también se levantó, pero de una manera tan violenta que tiró su silla hacia atrás.

—Pero, ¿qué pretendes? ¿volver a ese infierno en el que te encontramos? Deberías darnos las gracias por sacarte de ahí.

—¡Ojalá me hubiese quedado en ese infierno! Es mucho mejor que este de ahora.

Los gritos llamaron la atención de los clientes, pero, sobre todo, captaron la atención de la señorona del moño que, con ojos punzantes y cejas levantadas, había presenciado toda la escena y ahora veía a Carlos abandonar el bar como alma que lleva el diablo. La mano de la mujer dibujó una cruz tocándose la frente, el pecho y ambos hombros, mientras susurraba un «Santísimo» que se pudo leer en sus labios con claridad.

—No se alarme, doña Eusebia, que el «santísimo» ha visto cosas peores —dijo Pepa al acercarse a la mesa y recoger su vaso—. Le traigo otro mosto.

Los hermanos se quedaron mirando el fondo de sus copas, ahora vacías tras el último trago, para digerir las palabras de su cita. No querían levantar la vista, como si en el resto de los hielos pudieran ver algo más que su triste reflejo. Creían que todavía eran el centro de atención, pero en realidad solo los seguía observando Julio, que pensaba que podía usar aquella escena en su novela. Y Pepa, que tenía un sexto sentido para avistar a quien había acabado su bebida para, con un simple gesto, mandar a la Niña a tomar nota.

Un fogonazo de luz les hizo levantar la vista a ellos y a los demás clientes, a todos menos al hombre que acariciaba su perro en la penumbra. Un muro invisible parecía impedir que se iluminara ese rincón que solo dejaba atisbar una pícara sonrisa de quien lo ocupaba porque sabía lo que iba a ocurrir.

—¡Vaya, vaya! ¿Qué tenemos aquí? —gritó el hombre uniformado de gris que estaba parado junto a la puerta de entrada con una mano apoyada en la llave de la luz y la otra sobre el hombro de Carlos que, cabizbajo, sopesaba la situación —. Apaguen la música.

—¿Otra vez? ¿No te cansas de hacer esto, Paco? —dijo Pepa mientras paraba la música.

El silencio inundó la sala. Ninguno de los clientes hizo el menor movimiento.

El policía caminó hasta la barra para coger la cerveza que Estrella le había abierto, se paró cerca de los tres escalones que daban paso al escenario y le hizo un gesto a Carlos para que subiera delante de él. Una vez arriba, cogió el micrófono y le dio un par de golpes con el dedo índice para comprobar que funcionaba.

—Resulta que me he encontrado a este hombre en la calle maldiciendo y llorando, y he bajado a solucionarlo. ¿Y bien, dónde están? —Miró a Carlos poniéndole la mano en el hombro.

Carlos levantó la cabeza para señalar con la mirada la mesa donde los dos hermanos se tapaban la cara con las manos.

—¿Y quiénes son? —preguntó el policía acercándole el micrófono.

—Mi novia y mi novio —respondió el chico siguiendo el juego.

Una carcajada general sacudió el lugar.

—Una cosa os voy a decir: a la siguiente ronda invito yo, y hasta que no salgáis

agarraditos de las manos los tres no os vais a mover de aquí —dijo mientras los hermanos lo miraban como quien ve a un fantasma —. Pepa, pon música. ¡Y que siga la fiesta!

La música se entremezcló entre la ovación, el aplauso de los que conocían a Paco y las risas de alivio de quien no, mientras la Niña apagaba la luz brillante que había desnudado el alma de la clientela por unos momentos.

El policía bajó de un salto del escenario para dar un abrazo a Pepa.

—El día que te pillen aquí vestido así, te vas a meter en un lío — dijo ella.

—Querida mía, tranquilízate, me gusta vestir el uniforme, así me respetan los que no me conocen, y a los que me conocen les da igual como me vista. Ya sabes que soy como un labrador: juguetón y poco mordedor.

—Nada más te pido que no me asustes a la clientela, Paco, que te conozco y sé hasta dónde llegan tus bromas.

—Hoy voy a estar tranquilo. Tú me conoces desde hace tiempo, vengo aquí a encontrar en otros lo que muchos tenemos que ocultar. Ya sabes cómo es este jodido régimen. Y ahora déjame, que me voy a sentar con el llorón de Carlos y su dúo. Te puedo asegurar que ese trío será un cuarteto cuando salgamos del local.

A Clara no le había hecho ni pizca de gracia el numerito cómico. Ese tipo de sustos le sentaban fatal y, maldiciendo para sus adentros, se cagó en los muertos del dichoso Paco en particular y en los de la policía en general. No sabían más que incordiar y nunca estaban cuando se les necesitaba. ¡Ya podían haber hecho algo la primera vez que acudió a ellos buscando ayuda! Se sentía completamente desprotegida. Maldijo su suerte y a su marido Enrique, culpable de su desdicha, de su amargura y del tono violáceo amarillento con el que le revestía la piel cada vez que se le antojaba, cada vez que su nombre aparecía en la revista de variedades, cada vez que un hombre la miraba o que el público le demostraba su cariño pidiéndole que volviera al escenario. Ojalá viviese en alguno de esos países maravillosos donde el divorcio era legal. ¡Ojalá su marido estuviera muerto! Esta última idea la llenó de un pánico dócil, extraño. Solo cuando se abrió el telón y apareció Zelima, cupletista de éxito, pareció sentirse mejor.

El estado de excitación de Clara no pasó desapercibido para Julio Albareda, que la observaba desde su mesa. La había reconocido en cuanto llegó. Era un gran admirador, había seguido su carrera de cerca e incluso había escrito sobre sus inicios en un artículo sobre artistas sicalípticas. Había notado su tristeza o, quizás, un dolor y una rabia que no parecía querer ocultar.

—¿Puedo sentarme con usted? —le preguntó.

Ella lo miró impasible y, tras pensarlo unos segundos, le acercó con un dedo la botella invitándolo a beber. Julio se sentó junto a ella y comenzaron a disfrutar del espectáculo que acababa de comenzar.

Que razón tenía la pena traidora
Que el niño sufriera por la salvaora
Diecisiete años tiene mi criatura
Y yo no me extraño de tanta locura.

En el escenario, la sensualidad y picardía de Zelima se mezclaban con una pequeña dosis de ingenuidad. Tenía el pelo negro, ondulado y peinado a la perfección, y llevaba siempre un caracol en la frente. Sabía el poder que tenía el brillo de sus ojos, así como el de sus labios perfectos, delineados y siempre rojos. Clavaba su mirada en cada uno de los asistentes mientras cantaba haciendo vibrar el escenario, y movía su cuerpo excitando la imaginación de las mentes más dormidas. Cuando terminó la canción, el público se puso en pie y aplaudió durante un rato. Había despertado en todos los deseos más primarios.

Al terminar la función, se retiraba al camerino contoneando las caderas. Conforme se iba alejando del público, su personaje, creado a lo largo de los años, se diluía a cada paso. Una máscara le servía para aligerar su carga y sentirse menos pequeña. Con Satu y sus compañeras podía relajarse y sacar su verdadera esencia. Entre actuación y actuación, solían hablar de desamores, miedos y deseos.

En el escenario se sentía poderosa, fuerte, ahí podía olvidarse de todos los desengaños y fracasos acumulados a lo largo de su vida. Pero una vez en el camerino, se quitaba el maquillaje, las pestañas postizas, los tacones... Y esa imagen de fuerza que desbordaba el escenario se iba diluyendo poco a poco hasta mostrar la vulnerabilidad de su alma. Había forjado una máscara con el paso de los años a base de experiencias y rechazo. Su armadura era su atractivo y, al mismo tiempo, lo que la hacía un blanco más fácil para ser malquerida por hombres sin capacidad de ver más allá. Cuando Zelima cantaba, todos se miraban por dentro, eso la llenaba de satisfacción; sin embargo, no podía dejar de sentir que a ella no la veía nadie como realmente era.

Al terminar su actuación, el bar se encendió en piropos y vítores que resonaron durante casi un minuto. El dueño del perro había disfrutado con pasión cada gesto de la artista, y todavía estaba hechizado cuando Pepa se acercó a la mesa para retirar su

copa. Sonrieron y comentaron lo imponente que había estado la artista esa noche.

—¿Tú no te animas a cantar una tonadilla para mí? —preguntó el hombre.

—Pues no sé —dijo Pepa—. Lo pensaré si prometes venirte conmigo al terminar la función. —Le guiñó el ojo y le puso la mano en el hombro con dulzura.

Se acercaba la hora, lo sentía cada vez con mayor fuerza. Cada olor y sabor de aquel lugar lo llenaba de nostalgia. Se notaba ansioso, pero las caras conocidas le devolvieron el temple, reconfortándolo.

— Ponme otra copita, Pepa, que me noto extraño.

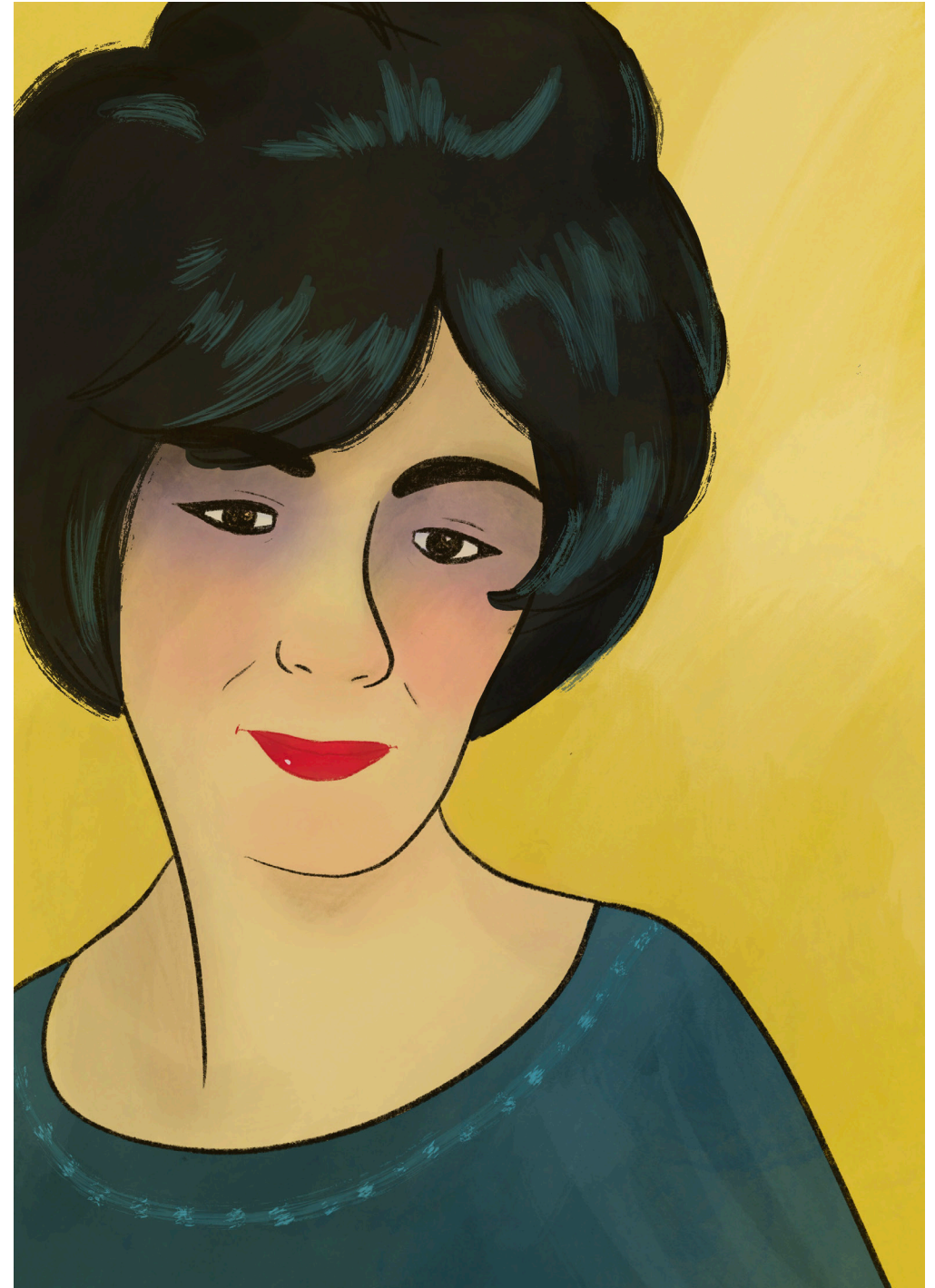
—Claro que sí, mi vida. Pero no te emociones, que en na' llega el plato fuerte.

El hombre de las manos bonitas ardía en deseos de ver una vez más a su querido Duque, de contemplarlo haciendo lo que más le gustaba: tocar el piano. Sabía que estaría ahí esa noche para la actuación final y lo esperaba con ansias. Aún recordaba cómo lo había convencido, gracias a sus contactos en la escena musical, para que viniera con su banda de jazz a tocar a Madrid por primera vez. Al codearse con la alta sociedad, la mayoría de sus excentricidades eran consentidas por conocidos y amigos, y en su entorno ya casi nadie se resistía a una proposición indecente. Recordó las manos del músico, la suavidad de su piel oscura y su movimiento imposible mientras hacía sonar el piano.

El perro se levantó de nuevo y echó a andar, pasó corriendo por entre las mesas y golpeó la silla de Julio, quien por obligación rompió el silencio que se había acomodado tanto como la botella de vino entre Clara y él.

—Se ve que quiere ser artista el animal.

—Valdría para ello, desde luego.



—¿Por qué dice eso, doña Clara?

—Hay artistas a quienes se les trata peor que a animales cuando salen de un cabaret. Aquí todo es de color, pero fuera solo hay tres. ¿Le conozco?

—No, disculpe la falta de formalidad, me llamo Julio y sí, sé quién es, que no quién «ha sido». ¿A qué se refiere con tres? — Julio tomaba buena nota en su cabeza y su «nada del otro jueves» le comenzó a parecer «algo bueno de un viernes».

—Se lo cuento si pedimos otra botella.

—¡Niña! —exclamó Julio. Un gesto universal con la mano hizo su magia y en cuestión de segundos estaban servidos de nuevo.

—La vida fuera es blanco, negro y esto. — Clara levantó la cabeza y señaló su barbilla. Un cardenal violáceo cubría su mentón.

—Las películas también fueron en blanco y negro una época, solo hubo que «solucionarlo». A veces esa solución es un poco complicada, pero eficaz.

—Brindo por lo eficaz. Me cae bien, Julio.

—A veces la solución también requiere de varias manos.

—Brindo por ello también —sentenció ella apurando la botella.

—Le ofrezco mis manos, doña Clara.

—Y yo las acepto, Julio.

—¡Pepa! Arrímate una mijita. ¿Tú la semana que viene no querrás hacer carne en salsa? Te la traigo yo del pueblo sin coste si nos convidas a la última botella.

—¡Niña, descorcha la última!, que vamos a brindar aquí los tres —dijo Pepa levantando la mano.

Julio miró a Clara, que se había quedado en silencio y con la mirada perdida, y comenzó a tomar notas en su libreta con una emoción contenida. Luego llenó su copa y susurró un «gracias».

Doña Eusebia, que ya llevaba bastante rato intentando escuchar la conversación de la pareja, se bebió de un sorbo el poco mosto que le quedaba. Tenía las mejillas encendidas pues se avergonzaba con facilidad, y ese pudor solía mezclarse con el arrojito con que juzgaba a los demás. Parecía una mujer fría y áspera, pero solo bastaba una mirada porosa para entrar en el corazón más duro, para verlo desnudo y tibio.

En las últimas semanas, había soñado con Julián, su difunto marido. En ese sueño, él le decía que fuera al bar de la calle por la que pasaban todos los días al volver del parque. En el fondo ella sabía que aquel llamado venía de sus ganas de no estar sola, pero no podía dejar de sentir cierta emoción al pensar que se trataba de su marido invitándola a salir. Julián había sido portero del edificio durante más de treinta años y había fallecido hacía dos, mientras pasaban las vacaciones de verano en su pueblo natal. Les gustaba ir todos los veranos, pues ahí tenían un pequeño huerto y todos los recuerdos de la infancia. Durante esa última visita al pueblo, al regreso de vendimiar con su sobrino, Julián se sentó a descansar bajo la sombra de una higuera y se quedó dormido. No despertó más. Doña Eusebia lo enterró en el pueblo y volvió sola a su pisito de Madrid.

Llevaba también un par de años sin ver a sus dos hijos, que se habían ido a vivir fuera hacía tiempo. Ni siquiera para enterrar a su padre habían vuelto. «Ay, mi Julián», pensaba cuando recordaba toda la vida compartida con él. Para sortear esa tristeza, le gustaba volver a su niñez cuando su madre la mandaba con una cesta de mimbre a buscar castañas y nueces. Pero ese recuerdo le duraba poco, y la soledad se le sentaba en la espalda hasta dejarle un dolor en forma de joroba que ella intentaba disimular con ese moño espeso y oscuro.

Desde el fondo del escenario iluminado, empezaron a sonar tímidamente las teclas de un piano con un compás que cambió el pulso al local. Las manos oscuras del pianista se movían como pequeños pájaros aleteando sobre las teclas, alternando sonidos fuertes y precisos con otros más débiles que parecían languidecer en el aire. El latido del lugar se dibujaba en esa melodía.

El sonido del piano sacó a doña Eusebia de su tristeza y le recordó el llamado de su marido a vivir, disfrutar y ser valiente. De alguna forma, ese llamado se extendería a todos los clientes para llevarlos a descubrir una sensación de sensualidad, alivio y ensoñación que muchos habían perdido.

Esta no era la música habitual del bar, tampoco se parecía a la interpretación de Zelima que tantas ovaciones había tenido. Pero Pepa, que nunca aceptaba sugerencias ni cambios en su música, no pudo decirle que no al hombre de la gabardina celeste cuando, días atrás, le había pedido este favor. Sabía además que esta petición tenía otro sentido de urgencia muy diferente al del borracho que pide canciones sin parar.

Doña Pepa no solo se adelantaba a llenar las copas vacías, sino que también sabía adivinar los sentimientos que por tantos años había visto en las miradas, los silencios y los movimientos de sus clientes. Lo mismo había intentado Julio muchas veces, pero apenas hoy había logrado atravesar lo visible para encontrar la inspiración que necesitaba. En lugar de cerrar los ojos, abrió todos sus sentidos para poder armar el rompecabezas que tenía alrededor gracias a Clara y a esa hermosa melodía que iba desvelando cada pieza y poniéndola en su lugar.

Estrella se había quedado también unos segundos cautivada por el sonido del piano, pero ya estaba de nuevo enredada en su faena. Doña Pepa no la dejaba respirar, aunque ella sabía cómo tenerla contenta. Siempre observaba atenta lo que ocurría en el bar, le gustaba enterarse de todo y absorbía tanto los problemas como las risas de cada mesa. Desde temprano, había estado

pendiente de Satu, pues le urgía hablar con él, pero hasta ahora no había tenido ni un segundo para buscarlo. Guardándose de que doña Pepa no la viera, se fue hasta detrás del escenario y, antes de perderse en el pasillo, echó una mirada a la sala y confirmó que todos estuvieran servidos.

Recostada contra la pared del escenario, observó a Clara, le parecía una mujer misteriosa, pero sabía que, en parte, la necesidad de callar había forjado ese misterio. «Pobre —se dijo con rabia—, aún no ha nacido el que me ponga la mano encima. ¡Coño con los tíos! Algún día sabrá Dios qué puede pasar, no hay que aguantar por na' del mundo». Se dio cuenta de que doña Pepa preguntaba por ella. De un salto, se paró delante de ella y soltó en tono remilgado:

—¡Una no puede ir ni al escusado!

—¿Qué haces, niña? Está to' desatendió. Vete a ver qué necesitan los clientes. ¡Y deja de meter el cuezo, que ya te lo he dicho muchas veces!

Satu apareció detrás de ella como por arte de magia.

—Déjala un segundo, Pepa, que nadie se va a morir por esperar un poco —dijo mientras le guiñaba un ojo a Estrella.

—Está bien, pero rápido, Niña, que estamos metidas en harina. — Y se dio la vuelta para dejarlos solos.

La Niña le dio dos besos a Satu y le dijo muy deprisa:

—Necesito un vestido...Sí, no me mires así, querido, es para la fiesta de fin de curso de la universidad. Espero acabar mejor que el año pasado, porque con tanto trabajo el tiempo no me da para más.

Su vida no era fácil. Le gustaba el bar por la experiencia de vida y porque ya sentía a los clientes habituales como parte de su familia. Pero sobre todo estaba ahí por necesidad, aunque le cu-

briera apenas para los gastos. Quería ser buena abogada, y en eso empeñaba todo su esfuerzo.

De regreso a su faena, al pasar por la mesa de Eusebia, le llamó la atención su mirada perdida. Sintió pena por esa mujer. La había visto cada noche acudir a aquel local sola, con su moño perfecto, y sentarse con su vaso de mosto que trataba de estirar toda la noche sin éxito.

—Eusebia, ¿le traigo un vino?

—No, Niña, a mi difunto marido no le parecería decoroso. Sé que está mirándome ahora.

—Lo echa de menos, ¿verdad? No crea, yo también estoy sola ¿Sabe una cosa? Usted me recuerda a mi abuela. Bueno, para mí era más que mi madre. Era mi refugio, con ella me sentía a salvo, era la única que me trataba con cariño. En sus ojos azules como el cielo había una gran tristeza, no sé si porque se quedó viuda muy joven o por mí, porque yo fui la niña no deseada. Mi madre no me quería, me dejaba fuera de casa todo el día y por la noche me pegaba por cualquier cosa... —Su mirada se volvió pequeña y opaca—. Pero no nos pongamos tristes. ¡Venga, anímese! ¡Ya vengo!, le voy a traer una Quina Santa Catalina, que cae muy bien y alegre un poco.

Pero apenas se dio la vuelta para volver a la barra, tuvo que retroceder al escuchar el sonido del cristal impactando contra el suelo. La mujer miraba impertérrita el líquido oscuro que lo había empapaba todo. Estrella se acercó con premura y, sin perder el ánimo en sus andares, se agachó para recoger con cuidado los trozos más grandes.

—¿Se ha cortado, doña Eusebia?

—No, Niña. Hace falta mucho más para herirme —respondió tocándose la frente sudorosa—. Por un momento me he sentido débil y sin darme cuenta le di al vaso. Siento el desastre.

La Niña se puso de pie y miró el pelo cargado de laca de la mujer. En ese momento le recordó a una cacatúa que con ojos vigilantes juzgaba a los demás. Estuvo a punto de lanzar un comentario ácido de los suyos, pero, al notar una fragilidad tras esos ojos, decidió callar.

—Recojo este entuerto y le traigo lo prometido. Verá como en un pispás se encuentra mejor.

Eusebia se secó el sudor del bigote con la mano. Bien era sabido que su pasatiempo consistía en contemplar la vida de los demás, pero desde que murió su Julián ya nada le sabía igual. Qué no daría al mismísimo Dios Padre por volverlo a escuchar recitar su versículo favorito cuando la pillaba cotilleando en el pueblo. «No juzguéis por la apariencia, sino juzgad con juicio justo», le repetía Julián. Los dos se miraban a los ojos, sonreían y decían a la vez: «Juan 7:24».

Un sonido metálico la sacó de su nostalgia. En una mesa cercana vio a Félix encender otro cigarrillo, darle una gran calada y cerrar el mechero con un golpe seco. Doña Eusebia sintió una punzada en el corazón al notar un ligero parecido en algunos rasgos a su hijo mayor. Las lágrimas lucharon por salir de sus ojos.

—Es el humo —masculló con voz tomada—. No hay quién vea nada entre tanto humo. ¡Y esa música! ¿Alguien entiende esa música? —En su pecho se mezclaban la nostalgia y la ansiedad por no parecer débil.

Las manos oscuras que acariciaban el piano cambiaron la melodía. Algo en las primeras notas arrastró a doña Eusebia hasta la primera vez que vio a su Julián debajo de una parra. Todo se nubló a su alrededor para hacer su recuerdo más vivo: él la saludaba protegido por la sombra y luego extendía su brazo invitándola a sentarse a su lado. Un sopor que le calentó el pecho la hizo caminar hasta él para sentir el aire fresco de su compañía.

Félix seguía con el pie el ritmo del pianista y, entre calada y calada, buscaba a Satu entre las bambalinas. En otro tiempo,

en otra vida, tanta espera le habría colmado los nervios, pero ahora había aprendido a esperar con la paciencia de quien no espera nada de la vida. Vio a La Niña acercarse con un cubo y una fregona y, cuando pasó cerca, le pidió otra cerveza.

—Dame un momento pa' recoger el estropicio de doña Eusebia y ahora mismo te la traigo. Tienes cara de necesitarla, guapo.

Un vaso de buen tamaño relleno con líquido ámbar golpeó la mesa frente a él, la espuma rebosaba por el borde. Estrella le sonrió coqueta y le plantó en la mesa un bocadillo de calamares que nadie había pedido.

—Esto corre por cuenta de la casa.

Félix miró hacia la barra, vio a doña Pepa y, en señal de agradecimiento, levantó el vaso. Iba a dar un sorbo cuando el perro pasó por un lado golpeándole la pierna, haciendo que la cerveza se derramara sobre su pechera. Soltó una palabra mal sonante, dejó el vaso medio vacío en la mesa y cogió una servilleta. Con movimientos rápidos se frotó la camisa, no soportaba estar sucio. No desde entonces. Buscó con la mirada la bola de pelo bicolor causante de su desgracia. Dejó de limpiarse al ver el extraño comportamiento del animal que, parado frente a doña Eusebia, gemía y lloraba golpeando con sus patas la falda negra de la señorona. Pensado que se había pasado de copas y que estaba durmiendo la mona, se olvidó del asunto. Cogió el pitillo que se consumía despacio en el cenicero, le dio tres toquitos y, quitando el resto de ceniza, se lo llevó a la boca. No llegó a saborearlo.

El perro llamó de nuevo su atención. Con la algarabía de los comensales y el sonido alegre del piano, no tendría que haber escuchado el ladrido lacrimoso, pero algo lo hizo voltear hacia la mesa de Eusebia. El perro, al darse cuenta de que había captado su atención, dejó de tirar de la falda y se sentó mirándolo con ojos de súplica.

Félix se levantó con premura y se acercó, mientras revivía esa sensación de peligro inminente que lo mantenía alerta cuando estuvo preso. Al llegar, hizo lo que tantas veces había hecho por algunos reclusos enganchados al polvo blanco: puso un dedo en el labio de la señorona. Se quedó helado. No pudo sentir su respiración. Le inclinó la cabeza hacia atrás y respiró sobre ella. Le comenzó a dar unos golpes suaves en las mejillas mientras le decía: «Señora, señora, despierte». Le humedeció la frente con un poco de agua que tenía la señora en un vaso, y recordó a su padre rezando una oración para pedir ayuda a eso que, según él, habitaba en los cielos. Se sabía la oración de memoria de tanto que lo había escuchado, así que rezó para traerla de vuelta.

Cuando todos se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo, se quedaron en silencio y comenzaron a acercarse para presenciar de cerca el desenlace. Félix no sabía si llevaba minutos o solo unos segundos tapando la nariz de doña Eusebia, llenando sus pulmones de aire para luego rodear su boca y soplar lentamente. Lo hacía una y otra vez mientras rezaba mentalmente como si contara cada movimiento. Finalmente, sintió una bocanada de aire que salía de los labios finos de la mujer. Se apartó, la miró y se encontró con unos ojos nublados por la ensoñación, la vergüenza y, sobre todo, la tristeza.

De pronto, sin entender lo que había acabado de pasar, se puso rígida y entrecerró los ojos.

—¿Cómo se atreve a besar unos labios que pertenecen a mi Julián? —le acusó Eusebia—. ¿Por qué estás tan paliducho? Ni que hubieras visto al fantasma de don Pingoberto.

Luego vio los rostros preocupados de los que la rodeaban y ahí se dio cuenta. Todos comenzaron a aplaudir y a celebrar. Félix, aliviado, se dejó caer en la silla y se llevó una mano temblorosa a la frente cubriéndose los ojos. Lo había conseguido. Dio un pequeño respingo cuando una mano envejecida pero fuerte apartó las suyas, dejando al descubierto sus ojos empañados. Doña Eu-

sebia, con los ojos aguados, le apretó la mano. Él le devolvió el apretón.

—Gracias —susurró con voz temblorosa y el corazón encogido—. Tengo dos hijos a los que no veo desde hace mucho tiempo, y me recuerdas tanto a uno de ellos. He soñado que estaba con mi Julián bajo una higuera... Entonces me dijo, me dijo...que en el bar iba a encontrar a alguien, que no lo juzgara nunca y lo aceptara como era, porque esa persona estaba tan sola como yo. También me dijo que le preguntara por su nombre.

—Me llamo Felipe. — Se sintió libre al pronunciar su nombre.

Con un rubor en sus pálidas mejillas, doña Eusebia lo miró cargada de emoción.

—Puedo ser muy juiciosa y cotilla, y ...

Él no la dejó acabar. Y dijo algo que tenía grabado desde la infancia, y que nunca lo habían aplicado con él:

—Juan 7:24.

Felipe le tomó las manos y las besó con ternura. Ese simple gesto de cariño, que tanto tiempo llevaba sin sentir, hizo que las lágrimas corrieran por sus mejillas.

—Siempre tengo un espacio en mi corazón para aquel que me quiera en el suyo. Además, cotillear y criticar ¿no es el pasatiempo favorito de nuestro régimen?

Los dos estallaron en carcajadas.

Desde la barra, doña Pepa sonrió satisfecha mientras limpiaba con un trapo un vaso limpio. Junto a ella, un jugoso hueso aguardaba a su dueño. El perro la miró, movió con rapidez la cola, cogió lo suyo y se alejó con el hueso en la boca. Felipe, al darse cuenta de que el perro se iba, alzó la voz y gritó:

—¡Aquí, ven...! —tartamudeó y miró a Pepa alzando una fina ceja—. ¿Cómo se llama el perro?



En coro todo el bar gritó:

—¡Collares!

—¡Por Collares! —brindó Felipe— ¡La próxima ronda corre de mi cuenta!

En medio del alegre bullicio, una mujer entró en el local. Algunos comenzaron a mirarla y poco a poco el ruido se fue haciendo más suave hasta volverse susurro. La mujer caminaba lento y con paso elegante. Tenía una larga melena morena que caía suelta sobre su espalda descubierta.

Pepa se le acercó con expresión seria.

—Llegas tarde —le dijo.

—¿Tarde?

—Sí, tarde. Dos meses.

—Da igual, la espera no va a matar a nadie. — Una sonrisa le enrareció el rostro.

—Ya sé que te gusta divertirme, pero hoy no quiero equívocos ni sustos, que acabamos de pasar uno. Toca cuando toca, y tú lo sabes.

La mujer no hizo caso y echó un vistazo rápido al local. Su mirada se detuvo en la mesa donde estaba el hombre con su perro. Lo reconoció de inmediato.

—¿Cómo te vas a llamar hoy? —preguntó Pepa.

—Tina, hoy me llamo Tina.

Las dos mujeres se acercaron sin prisa a la mesa del hombre. El perro, que estaba echado a los pies de su amigo, se levantó bruscamente y se sentó con la espalda recta y la mirada atenta.

—Te traigo compañía, una muy especial —dijo doña Pepa.

— La belleza siempre es bienvenida. — Se levantó y arrimó la silla para invitarla a tomar asiento.

Estrella paseaba por la sala muy atenta a las copas de los clientes. Dio un respingo cuando pasó por delante de la mesa donde se encontraba la extraña pareja de hermanos. Tenían los vasos completamente vacíos y sus acompañantes también.

— ¡Vamos, que veo que hay mucho de miranda por aquí! ¡A este local se viene a consumir! — soltó sin contemplaciones. Se sorprendió utilizando las palabras de la Pepa y sonrió. Pasaba demasiadas horas con ella.

— ¿Qué queréis tomar? ¿Lo mismo? —preguntó dirigiéndose primero a Paco, con quién tenía más confianza.

La aprendiz de camarera tomó nota: dos Manhattan, una copa de cerveza y un whisky. Y se marchó canturreando la canción que sonaba en ese momento.

Carlos miraba el escenario con tristeza, recordando los tiempos en los que él mismo escribía canciones para esas artistas. También Tito, el joven hermano, parecía no estar presente en esos momentos.

— ¿En qué estás pensando, hermanito? —preguntó la chica sacándole de su ensimismamiento.

— Estoy en un momento delicado —confesó Tito —. Necesito experimentar cosas nuevas, emocionantes, algo que me haga sentir vivo. Cómo envidio tu vida, Carlos.

Tito y Graciela habían conocido a Carlos en un tren cuando viajaban a Barcelona con su madre, una cantante de mucho prestigio. Los tres regresaban de América, tras una apoteósica gira, para encontrarse con su padre en la ciudad Condal. Desde entonces, la admiración de Tito por Carlos había ido creciendo a medida que lo conocía más y mejor.

Carlos lo miró y negó con la cabeza.

— Entiendo cómo te sientes. Yo mismo he estado en lugares oscuros. Pero no te rindas. — Se quedó pensativo un instante

antes de seguir —. Y no me tengas envidia, no sabes lo que he pasado. No me arrepiento de haber dedicado mi vida a lo que realmente me gusta, pero lo he pagado caro.

—Deja ya de dar lecciones a mi hermano y meterle pájaros en la cabeza —intervino Graciela mirando a Carlos con desdén—. Me parece muy bien que escribas cuatro articulillos en el ABC, me alegro por ti, pero necesitamos soluciones prácticas. No voy a quedarme sentada con los brazos cruzados mientras se esfuman los últimos duros de nuestra fortuna. No pienso pasar calamidades.

La cara de Paco cambió de repente cuando escuchó estas palabras. Y no dudó en colarse en la conversación.

— Y qué sabrás tú de pasar calamidades — increpó a la joven —. Se nota que lo has tenido todo, solo hay que verte. Te voy a contar lo que es pasarlo mal. Durante la guerra no teníamos nada que echarnos a la boca, solo lo que nos daban en el Auxilio Social: una barra de pan y un plato de comida mal guisada. En casa faltaba mi padre, y mi madre nos daba lo que podía. Como éramos pequeños cenábamos leche migada y a la cama. Quien peor lo pasaba era mi madre, que se acostaba con el estómago vacío. En invierno pasábamos mucho frío, mis cuatro hermanos y yo dormíamos en su cama con ella para darnos calor. Y tú, Carlos, que tu vida no ha sido nada fácil, explícale a esta niña que es tener problemas.

—No me gusta hablar de esa etapa, la verdad. Prefiero recordar lo bueno y presumir de haber saboreado algunos triunfos. Pero no puedo negar haber sufrido también muchas amarguras y fracasos que no le deseo a nadie. Allá fuera hay que aparentar que eres como ellos dicen que «debes ser» para estar a salvo.

—¿Y qué hiciste para no perder la esperanza? — preguntó Tito.

—No siempre la tuve ni la tengo ahora. Pero trato de encontrar la belleza en el mundo, incluso en los lugares más oscu-

ros. Además, no me asusta la muerte. Como decía un gran amigo mío, escritor de novela galante: «cuando yo me vaya no quiero que se guarde luto por mi muerte. Quien muere descansa y deja descansar a los demás. Que coloquen una cinta con los colores de la bandera española y un cartelito que diga: mierda para los que quedan».

Al ver la cara que ponían sus compañeros de mesa, Carlos soltó una sonora carcajada. A continuación, recobró el gesto serio.

—Mi amigo y yo prometimos que nunca perdonaríamos a todos aquellos del régimen que se regocijaron en perseguirnos y difamarnos con ese implacable rencor que distingue a tantos católicos, apostólicos, romanos, compostelanos y hasta del puente de Vallecas. Recuerdo las palabras exactas de mi amigo: «Si es verdad que existe el infierno allí nos encontraremos todos. Procuraré hacerles imposible la vida eterna, con la colaboración especial de Satanás que, seguramente, será conmigo menos infame y rencoroso que ellos, a quienes me gustará ver cómo les quemán los cuernos» —dijo de manera histriónica, como si estuviera interpretando un papel de una obra teatral.

Los cuatro comenzaron a reír gracias al discurso de Carlos.

—Ya, claro. Y por eso nos has pedido que te trajéramos esto, ¿verdad? — Graciela le acercó un pequeño paquete que dejó junto a su copa de cerveza —. Ya nos pagarás cuando cumplamos la segunda parte del trato. Por cierto, ¿has reservado habitación? ¿Ya has decidido con quién te quedas?

Carlos sonrió y asintió con la cabeza.

En ese momento, la artista que estaba en el escenario comenzó a cantar una copla y todos en el local se pusieron de nuevo en pie para aplaudir. La Bien Pagá nunca fallaba.

—Basta ya de hablar de penas, hemos venido a divertirnos. — Graciela aplaudía con entusiasmo. Todo le recordaba a su madre en aquellas grandes actuaciones en Nueva York, Chicago

o Buenos Aires, cuando su hermano y ella la contemplaban entusiasmados desde bambalinas. Una lágrima resbaló por su rosada mejilla. La echaba de menos. De su padre solo añoraba la fortuna que aquel maldito accidente les había arrebatado.

Tito aprovechó para deslizarse hasta el fondo del local, donde se encontraban los baños. En su mano derecha sostenía con fuerza el paquete que su hermana había conseguido para Carlos.

No te quiero, quiero a otra
No creas por eso que te traicioné
No cayó en mis brazos, me dio solo un beso
El único beso que yo no pagué.

La gente se animaba cada vez más a medida que las voces se iban uniendo a los pegadizos estribillos. Graciela comenzaba a ponerse nerviosa ante la tardanza de su hermano. A Paco tampoco le había pasado inadvertida la dilatada ausencia del joven. Estaba ansioso por tirarle la caña a Tito. Había tenido un verdadero flechazo esa noche al verle, aunque intentaba disimular su interés.

—¡Cuánto tarda mi hermano! —comentó Graciela, cansada ya del silencio incómodo que reinaba entre los tres.

En ese momento, sintió cómo algo peludo le rozaba el tobillo.

— ¡Mierda! Hay un chucho aquí que no para de rozarme. ¿De quién es, por Dios? Que alguien se lo lleve.

El perro, algo asustado, corrió hacia la puerta de los aseos lanzando varios ladridos.

Graciela, cansada ya de esperar y molesta por la agitación del perro, se dirigió hacia los aseos.

— Espera, voy contigo —dijo Paco levantándose de su silla.

Un grito se quedó detenido en su garganta cuando vio a Tito tumbado en el suelo de uno de los baños. Dos finas líneas de espuma bajaban por la comisura de sus labios. Paco se arrodilló de

inmediato y comenzó a reanimarlo. Se concentró en sus dedos entrelazados y en la velocidad de las compresiones, mientras contaba mentalmente una y otra vez.

Fuera, la música seguía sonando. Algunos cantaban sin advertir lo que ocurría al fondo del bar.

Na' te pi'o, na' me llevo
Entre estas paredes deajo sepultá's
Penas y alegrías que te he da'o y me di'te
Y esas joyas que ahora pá' otro lucirás.

Paco intentaba mantener el ritmo de las compresiones y olvidar las voces que cantaban la copla que ahora sonaba terrible, agónica, en su cabeza. Collares se acercó a Graciela y, con gesto curioso, ladeo la cabeza para escuchar el sonido agudo que salía de la garganta de la muchacha. Luego, con pasitos cortos y silenciosos, se acercó al cuerpo del joven y olisqueó la baba que se escurría de su boca entreabierta en una mueca de dolor.

Detrás de Graciela apareció Tina. Pepa llegó justo después, había advertido movimientos extraños en la entrada de los aseos. La escena le desencajó el rostro. Paco no se rendía en su intento de salvar a Tito, pero sus brazos ya se notaban cansados. Pepa miró a Tina y negó con la cabeza endureciendo su expresión. «Toca cuando toca», susurró sin dejar de mirarla. La chica juntó sus manos para pedir disculpas y se dio la vuelta.

De pronto, con los párpados aún cerrados, Tito comenzó a mover sus ojos. Todos quedaron expectantes menos Paco, que seguía masajeando el pecho del joven. Finalmente, sus ojos se abrieron y uno de sus brazos se levantó como buscando apoyo. Graciela se acercó con los ojos húmedos y le cogió la mano. Paco paró y Tito empezó a incorporarse lentamente. Un suspiro de alivio se escuchó al unísono.

Todo quedó atenuado: la música, las voces y el ir y venir de unos y otros. El bullicio estaba en un segundo plano, como si alguien le hubiese bajado el volumen. Un aire gris oscureció la mirada de quienes habían sentido el soplo de la muerte. No se entra en un bar para quedarse en la superficie. En el de doña Pepa, se entra para recuperar un hijo, el nombre o la libertad; escribir un libro o cantar a coro una canción; entrar en el abismo o salir de él.

La madrugada estaba llegando a su fin, ya todos podían sentirlo en el ardor de los ojos o la pesadez del cuerpo. La última canción de la noche comenzaba a sonar. Las manos del Duque tocaron los primeros acordes de una melodía que hizo sentar a los que estaban de pie. Desde el fondo del escenario, el vestido rojo brillaba gracias a la luz de la lámpara y las pequeñas piedras que adornaban el pecho de Tina. Después de ver cómo Tito recuperaba el aliento, se había ido a donde Satu para terminar de arreglarse. Y ahora estaba ahí, frente a todos, como un ángel de voz dulce que cumple con su deber.

Acabo de acariciarte
No pierdo las esperanzas
Con el tiempo y un ganchillo
Mi vida
Hasta las verdes
Se alcanzan.

La chica se contoneaba al ritmo del cuplé, mientras cantaba y se acercaba al joven sentado en la penumbra que, al ver a la cantante, se acomodó en su silla para disfrutar del espectáculo. Puso sus brazos en jarra y la espalda recta, su gabardina celeste parecía irradiar una luz propia. Su rostro también se iluminó. Y fue justo en ese momento cuando Julio Albareda pudo verlo bien, reconociéndolo al instante. Sí, era él. El rostro redondo, los labios delgados como dos líneas dibujadas con suavidad, las cejas finas y perfiladas. Y la sonrisa, esa sonrisa pícaro y tierna a la vez.



La emoción era unánime. Ya nadie bebía ni fumaba, solo estaban él y Tina mirándose. A unos pocos pasos de distancia, ella extendió los brazos invitándolo a seguirla mientras le regalaba el estribillo de la canción:

Ven y ven y ven
Chiquillo vente conmigo
No quiero
para pegarte mi vida
Ya sabes pa' lo que digo.

Sus manos enguantadas lo llamaban también. Él se levantó y comenzó a seguirla. Con cada paso que daba, su cuerpo se iba transformando. Su espalda se curvaba cada vez más, sus piernas perdían rigidez y sus pasos ya no eran firmes. Lo que no había cambiado era el destello de sus ojos ni la sonrisa permanente que endulzaba su mirada.

Al pasar por la mesa de Julio, se agachó un poco y le dijo: «No lo mates. No lo hagas ni aquí — Y señaló con el dedo índice los papeles que estaban sobre la mesa — ni fuera, Lechuguino». Le dio una palmada cariñosa en el hombro y le guiñó un ojo. Clara alcanzó a escuchar y, tocándose los labios con la punta de los dedos, le lanzó un beso. Él repitió el gesto con sonrisa cómplice. Luego, se dio la vuelta y, mirándolos a todos, señaló al perro que tenía a su lado y exclamó: «Por cierto, no se llama Collares, se llama Chiqui. ¡Chi-qui!».

Una carcajada general hizo vibrar el lugar. La música seguía sonando. La voz tersa y sensual de Tina se escuchó de nuevo:

Ven y ven y ven
Chiquillo vente conmigo...

Frente a la puerta del bar, Tina agarró la mano del anciano y con la otra giró el pomo de la puerta. Al abrir, una luz tenue y naranja iluminó parte del salón. El amanecer entró para apagar

lámparas, recoger mesas y guardar sillas. Atravesaron el umbral de la puerta, y el silencio y la tristeza pusieron el punto final.

